

La expropiación del tiempo: claves para una sociología histórica de la dominación capitalista

The expropriation of time: key concepts for a historical sociology of capitalist domination

Álvaro Briales Canseco

Fundación de los Comunes / Universitat Oberta de Catalunya

RESUMEN

Décadas después de la crisis teórico-política del marxismo tradicional, actualmente están asentándose distintas reinterpretaciones de la teoría crítica de *El capital* de Marx basadas en la crítica de la forma moderna del tiempo de trabajo. En este contexto, y siguiendo la línea de autores como Moishe Postone, el objetivo de este artículo es mostrar el tipo de sociología histórica que puede derivar de tales reinterpretaciones. Con este fin, releemos algunos acontecimientos significativos de la historia del capitalismo y tratamos de evidenciar el tipo de *lógica* sociotemporal que subyace a las transformaciones sociales modernas, sometidas al principio de la intensificación de la competencia, el crecimiento económico y la productividad. Desde esa mirada, recorreremos sucintamente cuatro momentos históricos: 1) de las lógicas temporales precapitalistas al capitalismo constituido; 2) la crisis de 1929 y la derrota de la *solución temporal* en el pacto capital-trabajo; 3) la temporalidad neoliberal y el fin del ideal del pleno empleo; y, 4) la crisis de 2008 y la *lógica 24/7*. Concluimos señalando la importancia de lo temporal como clave de interpretación de la teoría crítica del capitalismo y de la actualización del pensamiento marxiano, 150 años después de la primera edición de *El capital*.

PALABRAS CLAVE: tiempo, capitalismo, Moishe Postone, neoliberalismo, marxismo.

ABSTRACT

Different reinterpretations of the critical theory of Marx's *Capital* based on the critique of the modern form of the working time are now taking place, after decades of the theoretical-political crisis of traditional Marxism. In this context and following the insights of authors like Moishe Postone, this article wants to show the type of historical sociology that can be derived from such reinterpretations. To this end, we reread some significant events in the history of capitalism and try to highlight the type of socio-temporal logic underlying modern social transformations, tied to the principle of intensified competition, economic growth and productivity. From this perspective, four historical moments are reviewed: 1) from the precapitalist temporal logics to constituted capitalism; 2) the 1929 crisis and the defeat of the *temporal solution* in the capital-labor accord; 3) neoliberal temporality and the end of the ideal of full employment; and, 4) the 2008 crisis and the logic *24/7*. We conclude by pointing out the importance of the temporal as a key to interpret the critical theory of capitalism and the actualization of Marxian thought, 150 years after the first edition of *Capital*.

KEY WORDS: time, capitalism, Moishe Postone, neoliberalism, Marxism.

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, las transformaciones asociadas al neoliberalismo y la crisis global de 2008, han dado argumentos de peso a una reinterpretación actualizada de la teoría crítica del capitalismo de Marx. Esta reinterpretación sostiene que el capitalismo actual está fuertemente limitado para mantener la cohesión social, mantener los suficientes puestos de trabajo y reducir la desigualdad social, dadas las condiciones tecnológicas, la creciente financiarización de la economía, la alta concentración de la riqueza, la precarización masiva y la tendencia al ahorro permanente de fuerza de trabajo (Frayne 2017; Livingston 2016; Srnicek y Williams 2016; Mason 2016; Weeks 2011). Esta actualizada línea de reflexión tiene importantes paralelismos teórico-políticos con una escuela heterodoxa que puede denominarse como *crítica del valor* (Jappe 2016; Rolle 2003; Kurz 2001; Postone 1993; Naville 1985) o que también podemos llamar *crítica del trabajo*, dado que la crítica de la relación salarial está en el corazón de su problematización. Esta reinterpretación se ha ido asentando y ha recobrado fuerza especialmente tras la caída de la Unión

Soviética, el declive de los partidos marxistas-leninistas y de la centralidad de la clase obrera como sujeto político; elementos clave de la crisis teórico-política del *marxismo tradicional* (Postone 1993). Por tanto, en el 150 aniversario de la primera edición de *El capital* merece la pena seguir avanzado y concretando las profundas y diversas implicaciones de una reinterpretación de tal magnitud, de modo que podamos superar los grandes límites mostrados por las interpretaciones de Marx más difundidas durante el siglo XX, para comprender mejor “el movimiento de la sociedad moderna” en las conocidas palabras de Marx, y de ese modo, podamos proyectarnos históricamente hacia una emancipación superadora de las actuales formas de auténtica barbarie social que caracterizan un mundo crecientemente desigual, irracional, violento e injusto.

Entre las claves posibles de esta reinterpretación, en este artículo elaboramos la dimensión sociohistórica y sociotemporal. En este texto, de algún modo invertimos la máxima de *El capital*: en vez de comenzar la exposición por la lógica teórica, intentamos mostrar *la lógica histórica* del tiempo y el trabajo capitalistas a través de distintos ejemplos. No tratamos de desarrollar, en estas pocas páginas, una teoría del cambio social sino que, mediante una determinada exposición de los hitos típicos de la historia del capitalismo, buscamos reforzar la plausibilidad de una interpretación, y concretar su aplicación para la comprensión de la realidad sociohistórica. Esta interpretación busca conectar sistemáticamente la pluralidad de los sucesivos acontecimientos históricos con el tipo de *lógica* temporal relacionada con la específica forma de estructuración social de la sociedad capitalista. En ese sentido, el objetivo es evidenciar la *lógica* específica del desarrollo histórico capitalista —por eso hablamos de “la lógica” del capital—; *lógica* que desde el enfoque que defenderemos no se puede comprender adecuadamente desde una concepción de la historia moderna simplemente como *construida*, como *genealogía* o como *contingencia* —tal como lo aborda el postestructuralismo, los foucaultianos o los constructivistas—, ni tampoco desde una concepción transhistórica de las *etapas*, o de una Historia dirigida hacia un fin —como ha sido el caso con el hegelianismo, el materialismo dialéctico o en general con las concepciones teleológicas del marxismo tradicional.

En otras palabras, intentamos mostrar cómo esta *lógica* sociohistórica, sin ser determinista, implica una forma específica de *heteronomía* (Postone 2009) que, por un lado, coacciona las posibilidades de acción de los sujetos políticos —y precisamente por ello no permite que lo contingente pueda expresarse con toda su agencia— y, por otro lado, produce las posibilidades de potencial superación de tal heteronomía. En un vocabulario más sociológico, tratamos de reforzar una

teoría del cambio social en las que las consecuencias no intencionadas de las acciones estructuran una peculiar *lógica temporal* que coacciona la agencia histórica de los sujetos sociales, y en ese sentido constituiría un tipo de *dominación* específico: no tanto una dominación directa ni tradicional ni solamente burocrática —en términos weberianos— sino una dominación *abstracta* (Postone 1993: 273-91). En resumen, intentamos contribuir al avance de una determinada sociología histórica, derivada de las nuevas lecturas de Marx, más en particular, la realizada por Postone (1993), subrayando las analogías y homologías con otras concepciones difundidas, y haciendo énfasis en la interpretación temporal como clave central. Si bien muchos trabajos historiográficos podrían poner distintas objeciones a nuestra narración, en cualquier caso, no cabe duda de que esta interpretación debe seguir elaborándose de un modo complejo para no caer en posibles derivas funcionalistas, deterministas o teleológicas. Con ese fin, ya se está llenando este vacío gracias a publicaciones emergentes como la revista *Critical Historical Studies*¹, editada por la Universidad de Chicago y participada por su departamento de Historia.

En síntesis, para cumplir nuestro objetivo, el artículo recorre cuatro grandes momentos: 1) de las lógicas temporales precapitalistas al capitalismo constituido; 2) la crisis de 1929 y la derrota de la *solución temporal* en el pacto capital-trabajo; 3) la temporalidad neoliberal y el fin del ideal del pleno empleo; y, 4) la crisis de 2008 y la lógica 24/7. La interpretación que a continuación proponemos se ha elaborado en el contexto de una investigación para comprender empíricamente el desempleo en España (Briales 2016), de modo que muchos de los ejemplos se enfocan en ese sentido: las luchas por el tiempo de trabajo, los cambios en las temporalidades sociales o la experiencia del tiempo de desempleo, entre otros.

DE LAS LÓGICAS TEMPORALES PRECAPITALISTAS AL CAPITALISMO CONSTITUIDO

Se llame como se llame al proceso de modernización —progreso, capitalismo, civilización, racionalización— puede afirmarse que uno de sus rasgos centrales es la *mercantilización del tiempo*. Una lectura no marxista de Marx, como la de Giddens, ha enfatizado esta dimensión temporal de la siguiente manera:

¹ Véase la web de la revista y los volúmenes actualmente publicados <http://www.journals.uchicago.edu/toc/chs/current>

La mercantilización del tiempo es la conexión subyacente entre la expansión masiva de la forma mercancía en la producción de bienes, por un lado, y la mercantilización del trabajo (como fuerza de trabajo), por otro. [...] La mercantilización del tiempo, y su diferenciación de otros procesos de mercantilización del espacio, son la clave de las más profundas transformaciones en la vida del día a día que se han llevado a cabo con la emergencia del capitalismo (Giddens 1981: 130-1).

Los efectos de la emergencia del tiempo moderno, mercantilizado, no pueden reducirse en modo alguno a un nivel económico ni a ninguna esfera en particular, sino que se trata de cambios que afectan a la totalidad de la vida social: las coordenadas espacio-temporales, el reloj, los horarios, los descansos, la vida familiar, la intimidad, la subjetividad, la luz y la electricidad, los valores morales, los productos y su forma, la ordenación del territorio, la pavimentación de las calles, la invención del tráfico, el sentido de la eficiencia, etc. A continuación, describiremos la lógica de la mercantilización del tiempo en términos históricos como un proceso de *expropiación* del tiempo (Debord 1968: tesis 159). Caracterizamos esta expropiación como un modo de instituir un tiempo de vida *negativo*², que está en la raíz de la tendencia general a lo que llamamos la *escasez subjetiva de tiempo*, que se da tanto en el trabajo como, de una manera más extrema, en la ausencia de trabajo: el desempleo.

LA EXPROPIACIÓN DEL TIEMPO, O, LA AFIRMACIÓN DE LA NEGATIVIDAD DEL TIEMPO DE TRABAJO

Desde el punto de vista sociohistórico, la expropiación del tiempo puede entenderse como un proceso básicamente vinculado a la emergencia de las nuevas normas temporales asociadas a la racionalización moderna del tiempo de trabajo (Seidman 2014; Jordan 2010; Kurz 2009; Bourdieu 2006; Cross 1988; Thompson 1967). En ese sentido, la historia de las formas del trabajo — industrialización, taylorismo, fordismo, posfordismo— puede ser leída a través del hilo conductor de las transformaciones del control del tiempo de trabajo: su forma, su distribución, los *poros* de la jornada laboral, su intensificación, su disminución o alargamiento, la regulación de los horarios o la aparición de las vacaciones, entre otros ejemplos. Así, la formación del tiempo moderno puede abordarse a partir del proceso de *centralización* del tiempo de trabajo. Este

² Sobre la idea de lo negativo en sentido histórico-filosófico, véase Jappe (2009).

proceso implicó una inversión social fundamental, un giro en la concepción del tiempo que a nuestros fines es determinante. Según Thompson (1967: 277-8):

... mientras se impone la nueva disciplina de tiempo, los trabajadores empiezan a luchar, no contra las horas, sino sobre ellas [not against time, but about it].

¿Cómo se pasa de la resistencia a la expropiación del tiempo de vida, al deseo afirmativo de vender voluntariamente el tiempo de vida por dinero? Dicho con Marx, ¿cómo los trabajadores “transforman el tiempo de su vida en tiempo de trabajo”? (Marx 2009: 805); o dicho con los conceptos de Norbert Elias (1979), ¿cómo se produce históricamente la *autocoacción* según la cual las poblaciones trabajadoras afirman su deseo de trabajar frente a las coacciones externas impuestas por el surgimiento de la relación salarial?

Sabemos bien que esta inversión característicamente moderna ha requerido siglos de *civilización*, colonización, movimientos masivos de población para su concentración en núcleos urbanos, leyes de pobres, gulags, guerras y conflictos geopolíticos de todo tipo. Históricamente, antes de la generalización de las normas temporales asociadas al trabajo, el sentido del tiempo de vida era radicalmente diferente: por ejemplo, no se podía distinguir el trabajo de la vida o el tiempo productivo del improductivo, lo que no significa tanto que “toda la vida fuera trabajo” —como hoy suele interpretarse— sino más bien que “todo el trabajo era vida”, la economía estaba *incrustada* en la vida, en términos de Polanyi. De este modo, la transformación temporal general asociada a la creciente racionalidad productivista, que en la vida precapitalista carecía de sentido (Weber 2003: 67), ha significado un conflictivo proceso de incorporación de un *habitus* y unas *disposiciones* para el trabajo (Bourdieu 2006). Se transformaba así el sentido de la dicotomía entre la vagancia y el esfuerzo para adquirir un significado específicamente moderno: por un lado, surge un tipo específico de “ociosidad” [idleness], pereza o rebeldía al trabajo; por otro lado, aparece la *inclinación* al trabajo, la “industriosidad” [industriousness] o la laboriosidad como categorías positivas (cf. Jordan 2010). Con tales categorías se empieza a valorar a los sujetos que se consideran adaptados o inadaptados a las normas temporales del trabajo capitalista, y esta valoración en un principio *externa* tiende a ser socialmente interiorizada a medida que el trabajo se impone como eje central de la vida social.

Si se sigue esta perspectiva, podemos comprender histórica y dinámicamente procesos que a menudo se esencializan como “culturales” o se juzgan en términos morales: por ejemplo, la conocida puntualidad inglesa —que hoy parece un rasgo del carácter nacional inglés (Jordan 2010)— fue en realidad el resultado de dos siglos de disciplinamiento temporal, no sólo mediados por la aparición de la fábrica moderna, sino por la transformación general de la vida cotidiana, desde la introducción del reloj en las casas, al ordenamiento espacial, hasta el consumo masivo de café³: la difusión del café, por ejemplo, en Inglaterra supuso prácticamente dos siglos de tener literalmente borrachas a masas de poblaciones que debían activarse para el trabajo (Schivelbusch 1993). En ese sentido, es difícil imaginar en el presente como sería la vida cotidiana sin el consumo masivo y cotidiano de excitantes —café, coca-cola...— y relajantes —alcohol, ansiolíticos...— que permiten ajustar los ritmos psicofísicos de los sujetos a la moderna regulación temporal de los momentos productivos, reproductivos e improductivos.

En el nivel subjetivo, el siglo XVIII supuso un paso fundamental en la transformación del significado de la culpa y la ansiedad causada por una *ética del trabajo* enemiga del “no hacer nada”. Inversamente, las primeras formas de trabajo asalariado pasaban de ser impuestas por una coacción violenta constante, a ser lo que daba acceso al prestigio social y al sentimiento de tranquilidad que otorgaba el ser reconocido como sujeto trabajador autosuficiente. Este momento, como ha sido estudiado por los clásicos de la sociología, es característico del giro de una moral aristócrata que rechazaba todo trabajo manual, a una moral burguesa mediada en su origen por una religiosidad muy particular.

La culpabilidad de no trabajar, típicamente asociada al desocupado, se intensifica con este proceso de inversión histórica, donde la culpa se incorpora en los sujetos como un mecanismo psíquico para evitar la sanción social asociada al nuevo significado de la desocupación. Esta culpabilidad, no será sólo de los sin trabajo, sino también de aquellos que trabajan pero que son evaluados como potencialmente vagos o atados a la costumbre, como especialmente ocurre con las clases populares, las mujeres o con personas procedentes de entornos rurales o de países en los que la relación de trabajo se impuso más tardíamente: por ejemplo, como en su momento fue el caso con las trabajadoras alemanas en el clásico relato de Max Weber (2003:70):

³ Hay múltiples investigaciones históricas que relacionan la dinámica temporal con diferentes fenómenos modernos: desde el surgimiento de la luz y la electricidad (Kurz 2009) a los ferrocarriles o el café (Schivelbusch 1977, 1993).

Una queja casi general de los empresarios que emplean a mujeres jóvenes, al menos jóvenes *alemanas*, es que éstas no son capaces ni están dispuestas a abandonar los tipos de trabajo tradicionales [...]. Toda discusión sobre la posibilidad de organizar el trabajo de manera más fácil y, sobre todo, más productiva, suele encontrar en ellas una incompreensión total; la subida de los destajos se estrella sin ningún efecto contra el muro de la costumbre.

La contradicción entre la obligación de trabajar y el reconocimiento de ser trabajador termina instituyendo en los sujetos una fundamental ambivalencia psíquica. Esta ambivalencia respecto al trabajo, como dice Seidman (2014: 24), puede explicarse porque las fuerzas productivas no sólo imponen el ritmo laboral, sino que siempre van acompañadas de fuerzas *seductivas* que simultáneamente producen identificaciones y prácticas positivas que instauran una suerte de placer asociado al sufrimiento, algo así como una forma moderna de *masoquismo* social⁴. Pero como es bien conocido, cualquier relación de dominación no puede prolongarse por mucho tiempo bajo formas directamente coactivas, sino que deben ser, al menos, parcialmente consentidas. De ese modo, desde el punto de vista de una psicología histórica, el mantenimiento en el tiempo de conflictos sociales termina materializándose en conflictos interiorizados en la estructura psíquica (Elias, 1979). Las necesidades de salario, reconocimiento y rutinas temporales asociadas al trabajo, se convertían en las caras positivas del trabajo, frente a las caras negativas de la disciplina, la explotación, la obediencia y la carencia de sentido de la mayoría de actividades laborales.

Siguiendo estos argumentos, aunque normalmente se presenta sólo la cara positiva del trabajo, la contradicción se construye como una condición constitutiva del trabajo⁵. Una vez que este conflicto fundamental se instituye, las coacciones temporales externas se imponen sobre los sujetos de modo que deben adaptarse continuamente a los cambios temporales mediante la autocoacción.

⁴ Así, el concepto de *masoquismo* (Freud [1924] 2010) puede ser leído sociohistóricamente como la incorporación material en el sujeto moderno de la simultaneidad del placer y el sufrimiento inscritos en la relación de trabajo.

⁵ Si desarrolláramos más esta idea, por ejemplo, podría superarse la tendencia a presentar la necesidad de trabajo de los parados como si fuera un deseo puro y absoluto, así como con el debate entre socialistas e individualistas respecto a la dicotomía entre la naturaleza intrínsecamente laboriosa o intrínsecamente vaga de los trabajadores.

Como vamos a ejemplificar a continuación, este proceso capitalista —o, si se quiere, *civilizatorio*— se desarrollará y mutará de modos heterogéneos, pero hasta el presente no ha sido revertido en lo sustancial por ningún movimiento histórico, tal y como se lamentaba Elias al final de *El proceso de civilización*:

Algunos desean poner fin a este movimiento vertiginoso, a esta traslación del equilibrio entre competidores «libres», así como a las luchas y los cambios que estas traslaciones provocan; a lo largo de la historia la fatalidad de las interdependencias de este tipo ha sido siempre más fuertes que tales deseos (Elias 1979: 620).

Este argumento de Elias nos puede servir para ilustrar la lógica de los cambios sociales dentro del modo de producción capitalista; la continuidad de este tipo de dinamismo social general, que profundiza la dimensión abstracta de la dominación social moderna, nos permitirá contextualizar con más sentido el carácter de los cambios históricos que seguimos describiendo a continuación.

LA CRISIS DE 1929 Y LA DERROTA DE LA *SOLUCIÓN TEMPORAL* EN EL PACTO CAPITAL-TRABAJO

En los países capitalistas avanzados, un momento clave del asentamiento definitivo de esta inversión histórica según la cual el trabajo pasa a ser el centro de lo social, se sitúa en el paso de un capitalismo liberal a un capitalismo socialdemócrata, lo que comúnmente se conoce como el “pacto capital-trabajo”. De jornadas interminables e insoportables, las luchas del movimiento obrero institucionalizan el derecho laboral, consiguen jornadas más cortas, salarios más altos, el reconocimiento del desempleo involuntario, la jubilación, la negociación colectiva, y el reconocimiento estatal de las organizaciones de las clases trabajadoras (Bilbao 1993, 1997). Pero además, desde el punto de vista del tiempo, la formación de los Estados Sociales supuso, por un lado, la profundización de un determinado modelo de división sexual e internacional del trabajo, y por otro lado, implicó la priorización de las reivindicaciones salariales sobre la reducción paulatina del tiempo de trabajo, tal como había venido produciéndose. Un ejemplo muy significativo que nos sirve para ilustrar esta dinámica es la salida concreta que tuvo la crisis de 1929 en el caso estadounidense, con el *New Deal*. Durante el gobierno Roosevelt, el congreso estadounidense discutió una propuesta del senador Hugo Black según la cual la

solución al desempleo masivo podía basarse en la reducción general del tiempo de trabajo hasta la semana de treinta horas. Sin embargo:

En vez de aceptar el remedio de la semana de 30 horas de trabajo, Roosevelt y la mayoría de estadounidenses vieron este tiempo libre como una tragedia que tenía que ser eliminada incrementando la actividad económica — estimulada por el gasto gubernamental si fuera necesario. Se abandonó la idea del tiempo libre y de un cambio en los valores materialistas como partes naturales del avance económico (Hunnicut, 1988: 236).

Si la crisis de 1929 había puesto al capitalismo en su más profundo cuestionamiento, una solución que hubiera aprovechado los aumentos de la productividad para repartir el tiempo de trabajo habría tenido consecuencias históricas muy diferentes. La demanda de autonomía y control sobre el tiempo, sin embargo, perdía definitivamente su hegemonía frente a las demandas salariales, a pesar de que, como afirma Cross (1988: 19):

...mientras que el aumento de los salarios podía ser fácilmente revertido respondiendo con los precios (al menos en el siglo XIX), los empresarios temían que esto no fuera posible con las horas.

Siguiendo el caso estadounidense, que fue el principal modelo para la mayoría de países occidentales, aunque los empresarios preferían negociar sobre el salario más que sobre el tiempo, simultáneamente, la posición mayoritaria en los sindicatos veía como “reformistas” a aquellos grupos que pedían una disminución del tiempo de trabajo, pues argumentaban que, para acumular poder de clase, las demandas de reducción de la jornada laboral quedaban en un segundo plano respecto a la demanda de obtener “siempre más” salarios:

Samuel Gompers, uno de los primeros grandes sindicalistas estadounidenses, solía decir que todo el sentido del sindicalismo podía resumirse en dos palabras: “siempre más”. Lo decía así porque pensaba antes que nada en el salario: siempre más salario. Si hubiera pensado también en el tiempo de trabajo había tenido que añadir un “siempre menos”. [...] En los dos casos lo importante era la cantidad, una cantidad, además, de unidades de valor semejantes. Cantidad de pesetas, todas iguales; y cantidad de horas, todas iguales (Prieto et al. 2009: 373-4).

Efectivamente, la lucha por los salarios permitía acumular poder *dentro* del capitalismo, mientras que la lucha por la reducción de la jornada laboral podría haber frenado o, quizás, revertido, el proceso de expropiación y mercantilización del tiempo, que era el supuesto básico para la expansión del capitalismo. Aunque la productividad no dejaba de crecer junto con los desarrollos tecnológicos, la vía del reparto del trabajo no triunfó en ningún país occidental. En todos ellos, la salida fue similar: centralidad del trabajo, aumento de los salarios, aumento del consumo y de la demanda agregada.

De hecho, este *olvido* del factor tiempo en los razonamientos sociales y políticos no puede ser mejor ejemplificado que con el caso del propio Keynes (2009). En su famoso artículo de 1930 *Posibilidades económicas de nuestros nietos*, el economista hipotetizó que, al ritmo del desarrollo tecnológico moderno, en cien años podríamos trabajar quince horas a la semana sin por ello reducir el acceso a la riqueza, como es lógico pensar. Pero si en ese momento Keynes daba una importancia central a la reducción futura del tiempo de trabajo, ya en su *Teoría general* de 1936 la centralidad del tiempo se desvaneció definitivamente dentro de una solución al desempleo basada en categorías económicas y, fundamentalmente, en el aumento de los salarios y de la demanda agregada, como ya venían defendiendo algunos de los economistas más reconocidos, como William Beveridge (1969: xiv), uno de los precursores del Estado Social británico. De ese modo, el keynesianismo dejaba intactas las bases de la economía liberal, lo cual contribuye a explicar el posterior éxito de su implantación internacional, así como su fracaso histórico a partir de la década de 1970.

De esta forma, la renuncia generalizada a una política dirigida a producir una abundancia de tiempo disponible y autónomo del trabajo y el consumo, se impuso gracias a lo que ya parecía una evidencia prácticamente incuestionable: la necesidad de trabajar; necesidad social asumida a pesar de los imparables aumentos de productividad. Valgan ilustrativamente otros dos ejemplos de la década de 1930, de dos investigaciones clásicas del desempleo —una en Nueva York, otra en Austria— para comprender la eficacia material y simbólica del trabajo como relación social central:

[Los desempleados] sienten que los hobbies son triviales e indignos cuando forman el principal contenido de la vida. Ello deriva, en parte, de la filosofía de vida dominante que glorifica el trabajo. El americano medio tiene el sentimiento de que el trabajo —actividades conectadas con ganarse la vida— es la única manera digna de vida; que ningún hombre merecedor de tal nombre estaría satisfecho por hacer crecer las flores o pintar cuadros como

principal actividad de la vida a menos que, en efecto, se propusiera venderlas. Mientras que teóricamente se supone que las actividades económicas son los medios para la buena vida, es un hecho que no son los fines, sino los medios mismos, los que tienen más prestigio (Komarovsky, [1940] 2004: 81, 82).

Si es el Comunismo lo que nos dará trabajo, entonces 'tengamos comunismo'. (Ibíd.: 121).

Casi cincuenta años más tarde [del nazismo] la gente de Marienthal explicaba sin tapujos que habría apoyado a cualquiera que les hubiera dado un empleo (Jahoda, 1987: 48).

Como ilustran estos dos ejemplos, tanto en el caso estadounidense como en el austriaco, los propios desempleados ya veían el trabajo como un puro fin en sí mismo, invirtiendo lo que antaño se suponía era un *medio* para vivir, como analiza Komarovsky. Así pues, se terminaba de instituir como sentido común que el trabajo era la única mediación para acceder a la riqueza social, y prácticamente ningún otro tipo de organización socioeconómica parecía plausible o imaginable. No importaba tanto el modelo político —comunismo, socialismo, liberalismo, fascismo— mientras se garantizara el acceso a un “trabajo digno”, es decir, a una actividad por la cual alguien o algo “pagara”, independientemente de su sentido concreto o su contenido. Por su parte, los parados austriacos de Marienthal, tal como relata Jahoda, habían apoyado a Hitler fundamentalmente porque les “daba” un empleo. Sólo el trabajo daba acceso a la dignidad. El trabajo ya no era tanto un medio instrumental de obtención de dinero o riqueza, sino que el trabajo parecía ya la más primaria de las necesidades de la vida.

En términos políticos, encontramos que una clave fundamental de un gobernante es aparecer como aquel que tiene la “llave” mágica del empleo, gracias a lo cual podrá pedir a cambio cualquier tipo de contrapartida a los gobernados. En este proceso, por tanto, el objetivo de los trabajadores es cada vez menos el acceso directo a la riqueza, al tiempo, o simplemente al salario: la demanda básica era el trabajo, entendido unívocamente como la realización de *cualquier* actividad asalariada que es la puerta para todo lo demás. Como decíamos, en este periodo, afirmar el tiempo de trabajo implicaba asimismo la demanda de salarios y consumo. Implicaba, del mismo modo, devaluar el valor

social del tiempo abundante, *negando así la positividad del no-trabajo*. Por ello, en la forma global de la salida de la crisis de 1929, podría decirse que no sólo se dio un “pacto” entre capital y trabajo, sino la consolidación definitiva del supuesto aún más fundamental, que llegaba prácticamente al estatus de dogma, que afirma el trabajo frente a todo lo demás. Tal era la consecuencia de que la abundancia de tiempo de no-trabajo fuera ya generalmente vivida como una escasez de tiempo. La concepción *negativa* del tiempo de no-trabajo *frente a* una supuesta positividad del tiempo de trabajo estaba en la base de que la única solución al desempleo fuera ya, incuestionablemente, el empleo.

UNAS NOTAS SOBRE EL CASO ESPAÑOL

La España de la década de 1930, con todas sus particularidades, no es ninguna excepción a este movimiento global que hacía prácticamente irrefutable la centralidad social del tiempo de trabajo. Al igual que en el resto de países, la implantación del trabajo como eje de la vida social no fue una mera imposición de las élites sino también una asunción de las principales organizaciones de trabajadores, incluida la principal y más radical de todas ellas: la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Según ha analizado Seidman (2014: 16-7):

El anarcosindicalismo era una ideología del trabajo y del desarrollo económico muy apropiada para una sociedad económicamente empobrecida. [...] Mientras intentaban desarrollar las fuerzas productivas, se toparon rápidamente con lo que denominaré la resistencia obrera al trabajo. [...] En las empresas recién colectivizadas, los anarcosindicalistas y los comunistas reintrodujeron el trabajo a destajo, fomentaron formas de control severo en los talleres y se embarcaron en una campaña intensiva que no solo incluía odas al estajanovismo sino también al arte del realismo socialista.

De este modo, antes de la guerra civil española aún era posible identificar rasgos típicos de un momento histórico de la expropiación del tiempo análogo al de la Inglaterra del XIX. Efectivamente, las disciplinas temporales aún no estaban interiorizadas de un modo general en la población, pues la industrialización en la mayor parte de España fue muy tardía en comparación con los países centroeuropeos, como es bien conocido. Antes de la guerra civil, se daban aún múltiples casos en los cuales el tiempo de la desocupación aún era positivo en sí mismo, podía ser disfrutado, y se resistía activamente a la invasión del trabajo en el tiempo de vida. De esta forma, mientras el desempleado austriaco o estadounidense post-1929 sólo quería trabajar, en España había aún capas

significativas de la población que no habían asumido positivamente la negatividad del tiempo de trabajo. Después, el franquismo se encargará de crear “*una unidad productiva al servicio de la patria*” (Cayuela 2014: 53-67) o, en nuestros términos, de acompañar los ritmos del grueso de la población mediante normas temporales generales que de este modo terminan de instituir la negativización del tiempo desocupado. Un hito clave en la finalización de esta inversión fue sin duda representado en el Discurso de la Victoria de 1939, donde Franco proclama solemnemente que “el trabajo, estimado como el más ineludible de los deberes, será el único exponente de la voluntad popular”, preámbulo de *El trabajo os hará libres* que abría la entrada de los campos de exterminio nazis.

PROBLEMATIZANDO LA LECTURA CONVENCIONAL DEL PACTO CAPITAL-TRABAJO

Durante el periodo 1945-1975, en la llamada “edad de oro” del capitalismo, se creyó posible la realización del ideal del pleno empleo, o lo que es lo mismo, se confió en la posibilidad de superar la pobreza dentro del capitalismo. Aunque el keynesianismo aspiró de un modo convincente a hacer del pleno empleo un reto plausible, hoy constatamos que su éxito duró poco históricamente, por lo que se ha visto fundamentalmente refutado como un programa que pretenda solucionar en el largo plazo las contradicciones fundamentales del capitalismo. Aunque los casos históricos en los que se ha dado un cuasi pleno empleo parecerían ser excepciones logradas por una domesticación política de los excesos del orden económico, en la actualidad volvemos a constatar el agotamiento de tal posibilidad.

En nuestra perspectiva, desde la década de 1970 y más aún en la actualidad, es posible afirmar que el Estado Social keynesiano sólo consiguió diferenciarse parcialmente del Estado Asistencial liberal. Tal como argumentaba Bilbao:

El desempleo, la pobreza, la marginalidad son, al igual que el accidente de trabajo, avatares que marcan la vida de algunos individuos. El Estado asistencial introdujo el principio no de su eliminación, sino de la protección y el socorro a quienes los sufrían. En este punto radicaba la diferencia respecto de las tesis liberales, a la vez que coincide con ellas en considerar estos acontecimientos como inevitables (Bilbao, 1997: 30-1).

Si el keynesianismo desnaturalizó lo que los liberales consideraban el carácter *inevitable* e irreformable del desempleo, lo hizo sin embargo *negándolo en oposición al carácter positivo del tiempo de trabajo*, lo que en definitiva profundizaba el carácter negativo del tiempo de no-trabajo. En este sentido, el

keynesianismo no cambió, sino que más bien profundizó, el supuesto generalizado de la positividad del tiempo de trabajo que constituía la supuesta negatividad del tiempo de desempleo (Salais et al. 1986: 108-9). Subrayar el supuesto común entre liberales y keynesianos respecto a su concepción del tiempo desocupado como negativo frente a un tiempo de trabajo positivo, nos permite evidenciar que *los distintos modos de regulación del capitalismo están articulados por una trayectoria no lineal, pero creciente, de intensificación del tiempo de vida en tanto que tiempo con forma de trabajo*. Esta intensificación no puede representarse solamente a partir de los datos del tiempo de trabajo formalmente remunerado, y por tanto, no puede asumirse que la reducción del tiempo de trabajo remunerado sea necesariamente una reducción de la cantidad y cualidad del tiempo con forma de trabajo que es necesario invertir para acceder a un puesto de trabajo en un contexto determinado: el tiempo reproductivo de cuidados, los tiempos de formación, la búsqueda de trabajo e incluso el ocio pueden tener forma de tiempo de trabajo.

Si se quiere, esta manera de enfocar el problema no es sino un modo específico de denominar lo que en Weber es la metáfora de la “jaula de hierro”, lo que en Elias es el “imparable proceso de civilización”, lo que en Durkheim es el continuo proceso de diferenciación y división del trabajo, o lo que en Marx es el “sujeto automático” del capital. A pesar de ello, entre estos cuatro clásicos, es posible argumentar que únicamente en el caso de Marx se dan las condiciones para una visión no evolucionista ni pesimista de estos procesos aparentemente imparables⁶.

Siguiendo esta interpretación, parece pertinente una teoría de las transformaciones históricas globales para dar cuenta de fenómenos que se presentan como teleológicos o cuasi-naturales. Podemos pensar en tres ejemplos de carácter global: el aumento de productividad, el mantenimiento de jornadas laborales medias altas, o el cambio generalizado en el sentido de las políticas económicas. En el primer ejemplo, esta teoría nos permite comprender por qué, a pesar del aparentemente imparable crecimiento global de la productividad, éste también es un hecho problematizable y que debe ser explicado, no asumido como un fenómeno económico incuestionable. En un segundo ejemplo, nuestra sociología histórica permite comprender por qué no hubo países en los que la

⁶ Sin embargo, hipótesis tales como las del *doble movimiento* del capitalismo, o las *oleadas de “marketización”* (Polanyi [1944] 1989; Burawoy 2010) no caracterizan lo que desde nuestro enfoque puede ser analizado como otro momento de la tendencia histórica moderna a expropiar y mercantilizar los tiempos de vida.

salida de la crisis de 1929 no derivase en una fuerte reducción del tiempo de trabajo global, acorde al aumento de la productividad (Naville 1985: 306). Así, es posible entender por qué, a pesar de la pluralidad de países y contextos, no conocemos históricamente formas de regulación institucional que, dentro del capitalismo, hayan logrado jornadas laborales medias significativamente reducidas respecto a la norma de las ocho horas. Por último, en un tercer ejemplo, esta perspectiva permite dar cuenta del patrón común y las homologías que explican por qué antes de 1973, casi todos los gobiernos —de izquierdas o de derechas— aplicaban las políticas de empleo keynesianas, mientras que tras 1973, casi todos los gobiernos —de izquierdas o de derechas— aplicarán las políticas neoliberales. Siguiendo los términos de Postone, el carácter global de estos fenómenos no puede ser visto como la consecuencia de una *necesidad social natural o transhistórica*, sino como la consecuencia de una *necesidad social históricamente específica* del modo de producción capitalista.

LA TEMPORALIDAD NEOLIBERAL Y EL FIN DEL IDEAL DEL PLENO EMPLEO

Como es sabido, tras el 73, las políticas de empleo de gobiernos de todo el espectro ideológico han ido fracasando prácticamente y abandonando ideológicamente su viejo objetivo del pleno empleo. Por tanto, y siguiendo este argumento, antes de analizar las particularidades de un contexto específico, debe tenerse en cuenta el carácter del patrón global actual, para cuya comprensión parece lógico tener que recurrir a una teoría de las transformaciones históricas globales y a largo plazo. De lo contrario, podría perderse de vista un nivel importante de la explicación que, bajo nuestro punto de vista, no puede comprenderse completamente si omitimos el carácter global de este patrón. El argumento central de Postone a partir de Marx es el siguiente:

Los inicios de este período se pueden localizar más o menos en la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa; su caída se puede ver en la crisis de la década de 1970 y la posterior aparición de un orden global neoliberal. Esta trayectoria general fue global. Abarcó los países occidentales capitalistas y la Unión Soviética, así como las tierras colonizadas y los países descolonizados. Al ser vistas respecto a esta trayectoria general, las diferencias en el desarrollo aparecen como diferentes inflexiones de un patrón común, más que como desarrollos fundamentalmente diferentes. El carácter general del patrón histórico de gran escala que estructuró gran parte del siglo XX sugiere la existencia de imperativos estructurales generales y limitaciones que no pueden ser explicados adecuadamente en términos locales y contingentes (Postone 2009: 86-7).

Por consiguiente, desde nuestro punto de vista, aunque las *diferencias* entre distintos regímenes de empleo deben explicarse en función de las particularidades y las regulaciones institucionales de cada contexto, la existencia misma del desempleo, y su particular temporalidad, no puede explicarse como un error de política económica o solamente por las características de un determinado modelo productivo, entre otros factores. La producción global de desempleo es, antes que nada, un problema estructural del capitalismo actual, como sostiene autores de referencia como Offe, Castel o Bauman:

El paro no es un problema porque el pleno empleo no es una solución realista [...] No habría modo “de practicar con medios keynesianos la soberanía nacional en política económica (Offe 1994: 59, 61).

El desempleo no es una burbuja que se ha formado en las relaciones de trabajo y que podría reabsorberse. Empieza a estar claro que la precarización del empleo y el desempleo se han inscrito en la dinámica actual de la modernización (Castel 1997: 406).

Ya no se trata de un hipo pasajero, de la ralentización que sucede al recalentamiento de la economía y precede a otro período de prosperidad, de un irritante temporal que desaparecerá y 'pasará a la historia' una vez que retoquemos un poco los impuestos, los subsidios, las desgravaciones y los incentivos para estimular otra 'recuperación encabezada por los consumidores' (Bauman 2004: 30).

De este modo, el tipo de desempleo característico del periodo neoliberal, postfordista, flexible —o como se quiera llamar al tipo de regulación hegemónica post-1973— no parece que pueda ser revertido por la vuelta a un capitalismo de corte keynesiano. Ya en la década de 1970, se pusieron de manifiesto los importantes obstáculos de las políticas de redistribución del empleo (Bilbao 1993: 50): 1) disminuir el tiempo de trabajo aumentaba los costes salariales, con lo que se reducía la competitividad, y así no se creaba empleo; 2) adelantar la jubilación implicaba mayor gasto público, y; 3) la reindustrialización se realizaba en actividades intensivas en capital, y no en trabajo. A ello, se pueden sumar otras dinámicas económicas estrechamente vinculadas a la transformación general de

las normas temporales⁷. El fracaso del plan E en España en los primeros años de la actual crisis (Bellod 2015) es el ejemplo más cercano que corrobora nuestro argumento, pero mucho antes, y aún más significativamente, el fracaso del programa socialdemócrata de Mitterrand en la década de 1980 puso en evidencia que ni siquiera los márgenes de la excelente posición internacional de Francia eran ya suficientes para que la política económica estatal fuera capaz de soportar la presión desreguladora de la globalización económica.

LA TRAMPA DEL ARGUMENTO NEOKEYNESIANO

Por estos motivos, los casos históricos de cuasi pleno empleo no pueden ser vistos como modelos que podrían aplicarse de un modo generalizado, sino que más bien deben ser entendidos como casos particulares de un periodo históricamente muy delimitado. El recurso argumental al caso sueco o al alemán, en este sentido, no hace sino confirmar que las cada vez menores excepciones sólo pueden sostenerse bajo el supuesto incuestionado de la necesidad del crecimiento y la productividad, que en un sistema de competitividad global, necesariamente implica otras posiciones subordinadas en los países periféricos y semiperiféricos (Ibáñez Rojo y López Calle 2012). Una vez que las políticas neoliberales habían dado con la fórmula del endeudamiento masivo para resolver los problemas de escasez de demanda (López y Rodríguez 2010), la producción de desempleo y precariedad se convertían de hecho en factores productivos clave en la “reactivación” económica (Briales y López Calle 2015), apuntalando así la sustancial inviabilidad en el largo plazo de las políticas keynesianas, más aún en países como España, con bajo poder del capital productivo, alta dependencia de flujos de capitales muy volátiles, alta tasa de importaciones en sectores clave — como el energético— y un mercado interno debilitado. En el contexto de fuerte declive de los márgenes de poder de la política económica a nivel estatal, si se argumenta contra las políticas neoliberales sin cuestionar el propio proceso de acumulación en cuanto tal — como sostiene el keynesianismo—, la tendencia a la precarización generalizada aparece como un argumento irrefutable.

Estos colectivos, jóvenes, parados, minusválidos, etc., se van a convertir en una suerte de punta de lanza de la flexibilización del mercado de trabajo. Ellos van a ser la coartada sobre la que se argumentará la quiebra de la

⁷ Para un excelente análisis del caso español entre 1977 y 1984, del paso de “políticas de redistribución del empleo” a “políticas de gestión del desempleo”, véase Bilbao (1993: 39-76).

relativa estabilidad y seguridad del mercado de trabajo, rebautizadas ahora como las rigideces que impiden la integración de nuevos elementos. Como toda coartada ideológica, encierra un silogismo irrefutable: de no alterarse la lógica del proceso de acumulación, resulta evidente que sólo desestabilizando a los que están dentro de él cabe integrar, también desestabilizados, a los que no lo están (Bilbao 1993: 54-5).

Es decir, mientras las medidas keynesianas se presenten como un *fin* que da por buena la acumulación de capital —y no, en todo caso, como un *medio* para frenar la acumulación— permanecerán incuestionados los supuestos que compartieron las salidas de las crisis de 1929, de 1973, y al parecer, la de 2008. Entre esos supuestos, la positividad del tiempo de trabajo es uno de los más fundamentales. Si la acumulación de capital es acumulación de trabajo y producción de desempleo, sin el cuestionamiento del trabajo como tal parece muy difícil imaginar soluciones de fondo al desempleo.

LA INTENSIFICACIÓN DEL TIEMPO CON FORMA DE TRABAJO

Desde el punto de vista del proceso de expropiación del tiempo, aunque en algunas regiones del mundo ha habido periodos de importantes disminuciones de las horas de trabajo formalmente remuneradas (Prieto y Ramos 1999: 468-70), ello no es contradictorio con que cada vez se *intensifique* lo que llamamos el tiempo de vida *con forma de trabajo*.

Utilizamos aquí el concepto clásico de *intensificación* (Marx 2009: 498-510) —y no, por ejemplo, expansión o “colonización”— para subrayar la idea de que el cambio sociotemporal fundamental se da con la mercantilización del tiempo social que se produce con el capitalismo, particularmente, a partir de la producción de *plusvalor relativo*. En nuestra perspectiva, la intensificación del tiempo y del trabajo implica cambios en el conjunto de los tiempos sociales, y no tanto, “invasiones” del trabajo en el tiempo de vida —tal como se refieren algunos autores, por ejemplo, los postoperaístas al hablar del postfordismo—, o cambios que se producen cuando, supuestamente, el tiempo de trabajo se deja de poder “medir”, puesto que, en rigor, la operación de cuantificar el tiempo en horas y dinero es uno de los núcleos que definen la esencia del capitalismo. Y aunque esta *intensificación* pueda tener diferentes formas históricas, en nuestro enfoque es la consecuencia de la mercantilización del tiempo fundante del capitalismo, y no solamente de una época concreta de éste. En consecuencia, la intensificación del tiempo de vida en tanto que tiempo de trabajo atañe al

conjunto de los tiempos sociales, incluidos el tiempo libre y el tiempo de cuidados.

En el patrón global neoliberal que caracteriza las últimas décadas, la tendencia estructural a producir nuevas formas temporales de trabajo se da en todos los países occidentales, aumentando tendencialmente la fragmentación y precarización generalizadas (Offe 1984). Dados los obstáculos que hemos mencionado, el objetivo de las políticas de empleo actuales ya no es resolver el desempleo sino gestionar productivamente una creciente población de precarios, desempleados e inempleables. La escasez general de empleo, y particularmente la escasez de empleo estable, se acrecienta a medida que aumenta la *sobrepoblación relativa* de trabajadores que cada vez son más dependientes de la venta de su fuerza de trabajo para conseguir su reproducción social: principalmente, mujeres y emigrantes del Sur Global al Norte Global, por ejemplo en el caso de países como España cuyas burbujas necesitaban masas de mano de obra barata y de presión competitiva que permitiera disminuir los salarios.

En este tipo de contexto, desde la década de los ochenta “desciende la capacidad de absorción del mercado de trabajo” (Offe 1992: 9), o se producen grandes absorciones de tiempo seguidas de grandes expulsiones, como ocurre en casos como el español. En este marco, aumentar el empleo neto significa crear nuevas burbujas y segmentar aún más las asignaciones del tiempo de trabajo, mediante la multiplicación de categorías de empleados y formas de contratación muy fragmentadas e inestables. Este tipo de organización social del trabajo sirve también para gestionar los tiempos no remunerados de un modo cada vez más sincronizado —formación, búsqueda de empleo, trabajo autónomo, tiempos de reproducción, tiempos de consumo, etc.— que son objetivamente necesarios para el crecimiento económico. En este sentido, como afirmaba Bilbao, aumentar el empleo significa distribuir el escaso tiempo de trabajo de los estables hacia los inestables, inestabilizando en esta transferencia a los propios estables y asumiendo como norma el desempleo estructural de quienes no sean capaces de insertarse entre alguna de las categorías precarizadas.

LA CRISIS DE 2008 Y LA LÓGICA 24/7: ¿HACIA UN POS-NEOLIBERALISMO NEOFASCISTA?

En este apartado avanzamos en las líneas de la sociología histórica que proponemos argumentando que los actuales fenómenos característicos del capitalismo neoliberal pueden ser leídos, en términos temporales, dentro de un proceso de desmembramiento paulatino de las rigideces de la ordenación

temporal fordista, de modo que, por un lado, la asignación de los diferentes tiempos productivos, reproductivos e improductivos se hace cada vez más *racional* —en sentido capitalista— en algunas capas de población, mientras que, por otro lado, se producen masas de trabajadores superfluos o sobrantes que no pueden acceder a un puesto de trabajo.

Por un lado, este proceso implica una mejor coordinación de los diferentes tiempos sociales en función de las demandas cada vez más específicas del sistema productivo⁸. Pero, por otro lado, paradójicamente, los aumentos de productividad, los desarrollos tecnológicos y la inmensa capacidad de producir riqueza, no dejan de aumentar la escasez relativa de tiempo de trabajo, que tiende a asignarse polarizadamente: por un lado, de un modo intensificado, superespecializado y altamente remunerado para reducidas capas de trabajadores; y, por otro lado, descualificado y fragmentado para cada vez más población, que sin embargo debe tener su tiempo de vida permanentemente disponible para el trabajo (Prieto y Ramos 1999; Martínez 2015). Por consiguiente, a medida que aumenta la población disponible para el trabajo y el tiempo de vida con forma de trabajo, paradójicamente cada vez es más difícil vender de manera regular un fragmento de ese tiempo en el mercado laboral, lo cual hace decrecer las posibilidades de tener un tiempo de vida suficiente y satisfactorio.

La dificultad de plantear alternativas reales a esta nueva etapa de la expropiación del tiempo hace que asistamos a nuevas formas de invasión del tiempo de trabajo sobre el tiempo de vida, que repiten la ambivalencia entre su carácter coactivo o consentido. Ante estos fenómenos, algunos autores, no sin cierto pesimismo, han caracterizado el tiempo presente como “la inscripción generalizada de la vida humana en una duración sin pausa, definida por un principio de continuo funcionamiento.” (Crary 2013: 8). Según Crary, las lógicas de la actual expansión indiscriminada de la racionalización temporal estarían detrás de diferentes innovaciones en curso: por ejemplo, Crary relata el caso de los avances en la investigación farmacológica que permitirían reducir significativamente el tiempo necesario de sueño, lo cual serviría para ensanchar las barreras psicofísicas de los sujetos para un uso más productivo del tiempo⁹. En su apasionante libro, Crary

⁸ “Como un junco, el trabajador flexible se acopla a los requerimientos autónomos de una coordinación temporal expansiva que pone en sintonía perfecta el proceso de trabajo y las demandas del mercado” (Prieto y Ramos 1999: 477).

⁹ Para un enorme libro con múltiples ejemplos en este sentido, véase Rosa (2013). En la prensa actual no cesan de aparecer noticias de nuevas tecnologías dedicadas al

cuenta varios casos aterradores más: por ejemplo, habla de unos experimentos que actualmente estudian las neuronas de un tipo de aves migratorias que pueden estar una semana sin dormir, con el objetivo de diseñar fármacos que reduzcan la necesidad de tiempo de dormir. Igualmente, los presos en Guantánamo habrían sido utilizados con el fin de experimentar los efectos de la privación de sueño en humanos, lo que es común en situaciones de tortura desde hace décadas. Otro ejemplo es la investigación en una especie de satélites que podrían reflejar la luz del sol en amplias zonas del planeta, pudiendo no sólo ahorrar luz —tal como se ha justificado— sino además alargando el día, y con ello acortando el tiempo del sueño. Y multitud de ejemplos podrían ser pensados desde este punto de vista: las pastillas para dormir, los cafés, las cocacolas, los Red Bull, la velocidad del transporte, la creciente intensidad del ocio en el fin de semana, los usos capitalistas de las drogas, etc.

Aunque quizás pueda parecer algo conspirativo, si seguimos pensando históricamente, los distópicos ejemplos de Crary pueden ser vistos como otro momento histórico de la expropiación del tiempo que podrá integrarse a la normalidad del mismo modo que lo han hecho otras tantas conmociones históricas. Si, según los actuales gurús del emprendimiento y la ética del trabajo, todo tiempo improductivo es pérdida de competitividad, reducir el tiempo de dormir es positivo ya que genera ventajas comparativas en aquellas personas, grupos o países que consigan dormir menos. Desde esta lógica, se pueden inscribir todos los momentos de la vida de las personas en este tipo de racionalidad temporal, mientras que por otra parte esta misma economía permanece incapaz de emplear a millones de personas desempleadas que se ven arrojadas a las bolsas cada vez mayores de la economía informal.

LA PROFUNDIZACIÓN DE LOS LÍMITES A LA RECUPERACIÓN DEL TRABAJO

A pesar de todo este proceso de anulación del tiempo socialmente disponible, tras los acontecimientos posteriores a la crisis de 2008, muy diferentes discursos insisten en afirmar que el desempleo global estructural ha de resolverse con más empleo, lo que no sólo elude la preocupación por si las nuevas formas de empleo cubren las necesidades de las personas, sino que sobre todo omite la pregunta por el propio sentido de la expansión del trabajo como pivote de la organización social. De esta forma, el ideal del pleno empleo y la vuelta a un capitalismo de

ahorro de tiempo, cuyo sentido puede ser también interpretado dentro de nuestro marco teórico.

corte neokeynesiano parecen ser difícilmente plausibles como alternativas que enfrenten sustancialmente los problemas globales actuales. Además, no sólo habría que preguntarse sobre si las soluciones neokeynesianas son factibles, sino también si son deseables. Como hoy se ve más claramente, el ideal del pleno empleo se sustentó sobre un modelo muy determinado de división sexual e internacional del trabajo, además de en una desatención a los límites ecológicos del planeta, lo que se hace más evidente a medida que nos distanciamos históricamente del periodo hegemónico del keynesianismo y los planteamientos feministas, ecologistas y no-eurocéntricos adquieren mayor visibilidad.

Como hoy constatamos, la “refundación” del capitalismo por vía neokeynesiana no se ha realizado, lo que ha llevado a distintos analistas a interpretar que son fundamentalmente los intereses de las élites los que explicarían este desarrollo (cf. Navarro, Torres y Garzón 2011). Sin embargo, según nuestra interpretación, se ha puesto en evidencia que los cambios globales del capitalismo no pueden ser explicados exclusivamente por los intereses de sus clases dominantes —en una interpretación marxista clasista clásica— sino que, inseparablemente, deben entenderse como efectos de la incompatibilidad fundamental entre el capital y la *sostenibilidad de la vida* (Pérez Orozco 2014), como argumentan desde el feminismo. Desde este enfoque, los problemas actuales no son el efecto de meras desregulaciones o imperfecciones que podrían ser resueltas dentro de las viejas coordenadas. Las actuales derivas reaccionarias y neofascistas, la vuelta al proteccionismo estatalista o la crisis política de las democracias liberales, podrían estar dando lugar a un nuevo giro estructural global del capitalismo, al que podemos caracterizar como un *capitalismo neofascista*: una salida post-neoliberal que no es la que se imaginaban ni los neoliberales ni los neokeynesianos, sino de un carácter mucho más brutal y descontrolado para las élites de las últimas décadas. Este giro puede comprenderse también dentro de un patrón global: ahorro masivo de trabajadores paralelo a una intensificación de trabajo, polarización de la división social del tiempo y la riqueza, producción de masas de superocupados y masas de desocupados que tienden a estar cada vez más internamente diferenciados. Tales son los rasgos característicos de procesos que, en lo fundamental, ningún sujeto ni grupo organizado parece controlar sustancialmente y que, en sus efectos políticos, paralelamente, se relaciona con grandes procesos de centralización del poder —en términos nacionales, regionales, de clase, de género, etc.— que, como también es evidente, han resultado determinantes para transformar las posiciones geopolíticas tras los enormes reajustes provocados por la crisis global.

CONCLUSIONES: AVANZANDO EN LA COMPRESIÓN DE LA LÓGICA DE LAS TEMPORALIDADES CAPITALISTAS

Hasta aquí, hemos narrado una pequeña historia del surgimiento de la moderna escasez de tiempo, su desarrollo y su sentido en la actualidad. Los ejemplos históricos y actuales que hemos ido señalando nos obligan a pensar qué hay en el tiempo moderno que produce esta suerte de “imparable” e inevitable conflicto por el tiempo, que siempre vuelve, y del que nada ni nadie parece escapar sustancialmente. En este sentido, el abordaje del tiempo de trabajo es inseparable del contexto en el que el descontrol del tiempo supone un problema estructural, un tipo de dominación temporal *abstracta* que no se puede reducir a la dominación de clase tal como la ha comprendido el marxismo tradicional. Nuestro razonamiento apunta a la recuperación de un pensamiento olvidado por toda visión economicista y por buena parte de la “ciencia destemporalizante” (Bourdieu 2008: 157). Para ello, hemos interpretado las categorías centrales de la crítica de la economía política de Marx como categorías temporales, tal como ha señalado Postone (1993) y muchos otros autores en décadas recientes (Martineau 2015; Osborne 2008; Miller 2004; Bensaïd 2003; Jessop 2000). En este marco, se trataría de seguir avanzando en la superación de la concepción de un marxismo que redujo la teoría crítica del capitalismo a una mera teoría económica, la teoría del valor a una teoría de los precios y la teoría del plusvalor a una teoría del beneficio. Después de 150 años de la publicación de *El capital*, nos es irrelevante si tenemos al Marx “real” o no, como dice Postone:

...mi principal preocupación no se centra en lo que Marx pudiera o no pudiera haber previsto. Tampoco me concentro en trabajar sobre las tensiones internas que pudieran o no pudieran existir en *El capital*. Mis intereses intelectuales, mi interés, es ayudar a reformular una poderosa teoría crítica del capitalismo. Con ese fin, estoy tratando de hacer la crítica de la economía política lo más coherente internamente que sea posible, desde luego por razones teóricas, no por razones hagiográficas (Postone y Brennan 2009: 307).

Más bien se trataría de contribuir a una interpretación actualizada de la crítica del capitalismo y de su forma específica de dominación: no tanto para seguir interpretando el mundo de distintos modos, sino para transformarlo. Quizás ese sea el mejor homenaje que podemos hacer al legado de Marx siglo y medio después de la primera edición de *El capital*, que este año celebramos.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (2004): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Buenos Aires, Paidós.
- BELLOD, J. (2015): “Plan E. La estrategia keynesiana frente a la crisis en España”. *Revista de Economía Crítica*, 20, pp. 4-22.
- BENSAÏD, D. (2003): *Marx intempestivo*. Buenos Aires, Herramienta.
- BEVERIDGE, W. (1969): *Unemployment. A problem of industry*. New York, AMS Press.
- BILBAO, A. (1993): *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*. Madrid, Trotta.
- BILBAO, A. (1997): *El accidente de trabajo: entre lo negativo y lo irreformable*. Madrid, Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (2006): *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (2008): *El sentido práctico*. Madrid, Siglo XXI.
- BRIALES, A. (2016): *El tiempo superfluo: una sociología crítica del desempleo. El caso de España (2007–2013)*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.
- BRIALES, Á. y LÓPEZ CALLE, P. (2015): “El paro productivo. La crisis como producción de desempleo para la reactivación de la rentabilidad empresarial.” *Revista de Economía Crítica*, 20, pp. 86-101.
- BURAWOY, M. (2010): “From Polanyi to Pollyanna: The False Optimism of Global Labor Studies.” *Global Labour Journal*, 1 (2), pp. 301–313.
- CASTEL, R. (1997): *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Buenos Aires, Paidós
- CAYUELA, S. (2014): *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- CRARY, J. (2013): *24/7: Late Capitalism and the Ends of Sleep*. New York, Verso.
- CROSS, G. (Ed.) (1988): *Worktime and industrialization*. Philadelphia, Temple University press.
- DEBORD, G. (1968): *La sociedad del espectáculo*. Archivo Situacionista Hispano. Disponible online.

- ELIAS, N. (1979): *El proceso de la civilización*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- FRAYNE, D. (2017): *El rechazo del trabajo: Teoría y práctica de la resistencia al trabajo* Madrid: Akal.
- FREUD, S. ([1924] 2010): El problema económico del masoquismo. En *Obras completas*. Vol. 19. Buenos Aires: Amorrortu.
- GIDDENS, A. (1981): *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 1. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- HUNNICUTT, B. (1988): “The New Deal: The Salvation of Work and the End of the Shorter-Hours movement”, en Cross, G. (1988): *Worktime and industrialization*. Philadelphia: Temple University press.
- IBÁÑEZ ROJO, R. y LÓPEZ CALLE, P. (2012): “Financiarización y relación salarial: estrategias de rentabilidad y conflictos de clase en la semiperiferia del sistema-mundo”, en ALONSO, L. E. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. J. (eds.) (2012): *La financiarización de las relaciones salariales*. Madrid: La Catarata.
- JAHODA, M. (1987): *Empleo y desempleo: un análisis sociopsicológico*, Madrid: Morata.
- JAPPE, A. (2016): *Las aventuras de la mercancía*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- JAPPE, A. (2009): “El «trabajo de lo negativo» desde Hegel y Leopardi hasta el presente.” En Jappe, A., Kurz, R. y Ortlieb, C. P. (2009): *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- JESSOP, B. (2000): “The Crisis of the National Spatio-Temporal Fix and the Tendentia Ecological Dominance of Globalizing Capitalism.” *International Journal of Urban and Regional Research*, 24 (2), pp. 323–360.
- JORDAN, S. (2010): *The Anxieties of Idleness. Idleness in Eighteenth-Century British Literature and Culture*. London, Associated University Press.
- KEYNES, J. M. (2009): “Las posibilidades económicas de nuestros nietos.” En *Ensayos de Persuasión*, Madrid: Síntesis.
- KOMAROVSKY, M. (2004): *The unemployed man and his family*, California: Altamira Press.
- KURZ, R. (2001): “Las lecturas de Marx en el siglo XXI”, en *Marx Lesen*. Eichborn: Frankfurt am Main. Traducción online.
- KURZ, R. (2009): “Luces de progreso”, en Jappe, A., Kurz, R. y Ortlieb, C. P. (2009): *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Logroño: Pepitas de calabaza.

- LIVINGSTON, J. (2016): *No more work: Why full employment is a bad idea*, North Carolina: UNC Press.
- LÓPEZ, I. y RODRÍGUEZ, E. [Observatorio Metropolitano] (2010): *Fin de ciclo: financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid: Traficantes de sueños.
- MARTINEAU, J. (2015): *Time, capitalism and alienation. A socio-historical inquiry into the making of modern time*, Boston: Bill.
- MARTÍNEZ, E. (2015): “La disponibilidad temporal de los asalariados en la organización flexible del trabajo”, en Martín Criado, E. y Prieto, C. (2015): *Conflictos por el tiempo. Poder, relación salarial y relaciones de género*, Madrid: UCM-CIS.
- MARX, K. (2009): *El capital. Libro primero*, México: Siglo XXI (3 volúmenes).
- MASON, P. (2016): *Postcapitalism: A guide to our future*. London: Macmillan.
- MILLER, K. (2004): “The Question of Time in Postone’s Time, Labor and Social Domination.” *Historical Materialism*, 12 (3), pp. 209–237.
- NAVARRO, V., TORRES, J. y GARZÓN, A. (2011): *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*. Madrid: Sequitur.
- NAVILLE, P. (1985): *¿Hacia el automatismo social?* México: Fondo de Cultura Económica.
- OFFE, C. (1992): *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*. Madrid: Alianza.
- OFFE, C. (1994): “¿Pleno empleo? Para la crítica de un problema mal planteado”, en RECIO, A., OFFE, C. y GORZ, A. (1994): *El paro y el empleo: enfoques alternativos*. Valencia: Germania.
- OSBORNE, P. (2008): “Marx and the philosophy of time”, *Radical Philosophy*, 147(1), pp. 15–22.
- PÉREZ OROZCO, A. (2014): *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- POLANYI, K. ([1944] 1989): *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- POSTONE, M. (2009): *History and heteronomy. Critical essays*. Tokyo: The University of Tokyo Center for Philosophy.
- POSTONE, M. (1993): *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons.

- POSTONE, M. y BRENNAN, T. (2009): “Labor and the Logic of Abstraction: An Interview”, *South Atlantic Quarterly*, 108(2), pp. 305–330.
- PRIETO, C. y RAMOS, R. (1999): “El tiempo de trabajo: entre la competitividad y los tiempos sociales”, en MIGUÉLEZ, F. y PRIETO, C. *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI.
- PRIETO, C.; RAMOS, R. y CALLEJO, J. (Coords.) (2009): *Nuevos tiempos del trabajo: entre la flexibilidad de las empresas y las relaciones de género*. Madrid: CIS.
- ROSA, H. (2013): *Social Acceleration. A new theory of modernity*. New York: Columbia University Press.
- SALAI, R.; BAVEREZ, N. y Reynaud, B. (1986): *La invención del paro en Francia: historia y transformaciones desde 1890 hasta 1980*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- SCHIVELBUSCH, W. (1977): *The Rainway Journey. The Industrialization of Time and Space in the 19th Century*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- SCHIVELBUSCH, W. (1993): *Tastes of Paradise: A Social History of Spices, Stimulants, and Intoxicants*. London: Vintage Books. Disponible online.
- SEIDMAN, M. (2014): *Los obreros contra el trabajo*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- SRNICEK, N. y WILLIAMS, A. (2016): *Inventing the Future. Postcapitalism and a World Without Work*. London: Verso.
- THOMPSON, E. P. (1979 [1967]): “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial.” En *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- WEBER, M. (2003): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- WEEKS, K. (2011): *The problem with work: feminism, marxism, antiwork politics, and postwork imaginaries*. Duke: Duke University Press.

Recibido: 11 de septiembre de 2017

Aceptado: 18 de octubre de 2017

Álvaro Briales Canseco es psicólogo y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Dedicó su tesis *El tiempo superfluo: una sociología crítica del desempleo* al análisis de las transformaciones sociales relacionadas con el paro masivo en España durante el periodo 2007-13. Sus intereses se centran en el desempleo, el trabajo, los tiempos sociales, feminismo y género, la psicología social y el psicoanálisis. Actualmente trabaja en el eje de formación de la Fundación de los Comunes y es profesor colaborador en la Universitat Oberta de Catalunya. alvarologo@yahoo.es